



03

noviembre

Domingo XXXI del Tiempo Ordinario
(Ciclo C) – 2019

1. TEXTOS LITÚRGICOS

1.a LECTURAS

Te compadeces de todos, porque amas todo lo que existe

Lectura del libro de la Sabiduría 11, 22-22,2

Señor, el mundo entero es delante de ti
como un grano de polvo que apenas inclina la balanza,
como una gota de rocío matinal que cae sobre la tierra.
Tú te compadeces de todos, porque todo lo puedes,
y apartas los ojos de los pecados de los hombres
para que ellos se conviertan.
Tú amas todo lo que existe
y no aborreces nada de lo que has hecho,
porque si hubieras odiado algo, no lo habrías creado.
¿Cómo podría subsistir una cosa si tú no quisieras?
¿Cómo se conservaría si no la hubieras llamado?
Pero tú eres indulgente con todos,
ya que todo es tuyo, Señor que amas la vida,
porque tu espíritu incorruptible está en todas las cosas.
Por eso reprendes poco a poco a los que caen,
y los amonestas recordándoles sus pecados,
para que se aparten del mal y crean en ti, Señor.

Palabra de Dios.

SALMO Sal 144, 1-2. 8-11. 13c-14 (R.: cf. 1)

R. *Bendeciré al Señor siempre y en todo lugar.*

Te alabaré, Dios mío, a ti, el único Rey,
y bendeciré tu Nombre eternamente;
día tras día te bendeciré,
y alabaré tu Nombre sin cesar. **R.**

El Señor es bondadoso y compasivo,
lento para enojarse y de gran misericordia;
el Señor es bueno con todos
y tiene compasión de todas sus criaturas. **R.**

Que todas tus obras te den gracias, Señor,
y tus fieles te bendigan;
que anuncien la gloria de tu reino
y proclamen tu poder. **R.**

El Señor es fiel en todas sus palabras
y bondadoso en todas sus acciones.
El Señor sostiene a los que caen
y endereza a los que están encorvados. **R.**

**El nombre del Señor Jesús será glorificado en ustedes,
y ustedes en Él**

Lectura de la segunda carta del apóstol san Pablo a los cristianos de Tesalónica 1, 11-2, 2

Hermanos:

Rogamos constantemente por ustedes a fin de que Dios los haga dignos de su llamado, y lleve a término en ustedes, con su poder, todo buen propósito y toda acción inspirada en la fe. Así el nombre del Señor Jesús será glorificado en ustedes, y ustedes en Él, conforme a la gracia de nuestro Dios y del Señor Jesucristo.

Acerca de la Venida de nuestro Señor Jesucristo y de nuestra reunión con él, les rogamos, hermanos, que no se dejen perturbar fácilmente ni se alarmen, sea por anuncios proféticos, o por palabras o cartas atribuidas a nosotros, que hacen creer que el Día del Señor ya ha llegado.

Palabra de Dios.

ALELUIA Jn 3, 16

Aleluia.
Dios amó tanto al mundo,
que entregó a su Hijo único;
todo el que cree en Él tiene Vida eterna.
Aleluia.

EVANGELIO

El Hijo del hombre vino a buscar y a salvar
lo que estaba perdido

+ Evangelio de nuestro Señor Jesucristo según san Lucas 19, 1-10

Jesús entró en Jericó y atravesaba la ciudad. Allí vivía un hombre muy rico llamado Zaqueo, que era jefe de los publicanos. Él quería ver quién era Jesús, pero no podía a causa de la multitud, porque era de baja estatura. Entonces se adelantó y subió a un sicomoro para poder verlo, porque iba a pasar por allí.

Al llegar a ese lugar, Jesús miró hacia arriba y le dijo: «Zaqueo, baja pronto, porque hoy tengo que alojarme en tu casa». Zaqueo bajó rápidamente y lo recibió con alegría.

Al ver esto, todos murmuraban, diciendo: «Se ha ido a alojar en casa de un pecador». Pero Zaqueo dijo resueltamente al Señor: «Señor, voy a dar la mitad de mis bienes a los pobres, y si he perjudicado a alguien, le daré cuatro veces más».

Y Jesús le dijo: «Hoy ha llegado la salvación a esta casa, ya que también este hombre es un hijo de Abraham, porque el Hijo del hombre vino a buscar y a salvar lo que estaba perdido».

Palabra del Señor.

1.b GUIÓN PARA LA MISA

Guion para la Misa del Domingo XXXI del Tiempo Ordinario (C)

(Domingo 3 de noviembre de 2019)

Entrada:

“La santa Iglesia vive de la Eucaristía”.., y agradecida por tal inmenso don, se reúne cada domingo en torno al altar para renovar el misterio de la fe, allí encuentra luz y gracia en su peregrinar hacia la vida eterna. Dispongámonos a participar del Santo Sacrificio con un corazón humilde.

1-Lectura:

Sab. 11,22-12,2

El libro de la Sabiduría nos revela el amor de Dios, Padre todopoderoso, que se compadece de nuestras debilidades.

2-Lectura:

2 Test. 1,11-2,2

El Apóstol de los gentiles, ruega por los cristianos de Tesalónica, para que por su fidelidad, el Nombre del Señor Jesús sea glorificado.

Evangelio:

Lc. 19,1-10

El Señor Jesús concede la conversión a Zaqueo que lo buscaba con sincero corazón; de la misma manera actúa con nosotros.

Preces:

Hermanos, acudamos al Señor que sacia de bienes nuestros anhelos y oremos por las necesidades del mundo.

A cada intención respondemos...

-Por el Santo Padre Francisco, para que Dios le conceda la fortaleza necesaria para llevar el peso de todas las iglesias. Oremos...

-Por el aumento y santificación de las vocaciones sacerdotales y religiosas, para que por su predicación y apostolados el Señor Jesús sea conocido, alabado y glorificado en todos los pueblos. Oremos...

- Por Chile, para que el Dios de la paz se digne darle la tranquilidad completa y la paz que sólo Cristo puede dar. Oremos...

-Por las familias para que acogiendo la Palabra de Dios, la transmitan con fidelidad y coherencia de vida, siendo instrumentos de evangelización en el hogar. Oremos...

-Por los cristianos perseguidos, para que sean fortalecidos por la gracia y perseveren firmes en la confesión de Cristo, el Señor. Oremos...

-Por todos los enfermos para que, a imitación del Señor en la pasión, lleven sus dolores en conformidad a la voluntad de Dios, que es Padre bondadoso. Oremos...

Padre bondadoso, tu misericordia llega a tus fieles de generación en generación; mira a tu pueblo suplicante y concédenos lo que te pedimos con corazón filial. Por Jesucristo nuestro Señor.

Ofertorio:

-Ofrecemos **alimentos**, expresando con ello nuestro deber de caridad hacia los más necesitados.

-**Pan y vino**, manifestando nuestras alegrías y sufrimientos unidos al sacrificio del Redentor.

Comunión:

“La Eucaristía es verdadero banquete, en el cual Cristo se ofrece como alimento...” conscientes de ello, acerquémonos a recibir al Señor que ha querido quedarse con nosotros.

Salida:

Durante esta Santa Misa hemos contemplado con fe a Cristo sacrificado sacramentalmente sobre el altar. Vayamos ahora al mundo con un corazón decidido y alegre a invitar a todos los hombres a que busquen a Dios y se conviertan como lo hizo Zaqueo.

(Gentileza del Monasterio “Santa Teresa de los Andes” (SSVM) _ San Rafael _ Argentina)

Párrafos del Catecismo de la Iglesia Católica sugeridos por el Directorio Homilético

Trigésimo primer domingo del Tiempo Ordinario (C)

CEC 293-294, 299, 341, 353: el universo ha sido creado para gloria de Dios

CEC 1459, 2412, 2487: la reparación

III “EL MUNDO HA SIDO CREADO PARA LA GLORIA DE DIOS”

293 Es una verdad fundamental que la Escritura y la Tradición no cesan de enseñar y de celebrar: "El mundo ha sido creado para la gloria de Dios" (Cc. Vaticano I: DS 3025). Dios ha creado todas las cosas, explica S. Buenaventura, "non propter gloriam augendam, sed propter gloriam manifestandam et propter gloriam suam communicandam" ("no para aumentar su gloria, sino para manifestarla y comunicarla") (sent. 2,1,2,2,1). Porque Dios no tiene otra razón para crear que su amor y su bondad: "Aperta manu clave amoris creaturae prodierunt" ("Abierta su mano con la llave del amor surgieron las criaturas") (S. Tomás de A. sent. 2, prol.) Y el Concilio Vaticano primero explica:

En su bondad y por su fuerza todopoderosa, no para aumentar su bienaventuranza, ni para adquirir su perfección, sino para manifestarla por los bienes que otorga a sus criaturas, el solo verdadero Dios, en su libérrimo designio, en el comienzo del tiempo, creó de la nada a la vez una y otra criatura, la espiritual y la corporal (DS 3002).

294 La gloria de Dios consiste en que se realice esta manifestación y esta comunicación de su bondad para las cuales el mundo ha sido creado. Hacer de nosotros "hijos adoptivos por medio de Jesucristo, según el beneplácito de su voluntad, para alabanza de la gloria de su gracia" (Ef 1,5-6): "Porque la gloria de Dios es el hombre vivo, y la vida del hombre es la visión de Dios: si ya la revelación de Dios por la creación procuró la vida a todos los seres que viven en la tierra, cuánto más la manifestación del Padre por el Verbo procurará la vida a los que ven a Dios" (S. Ireneo, haer. 4,20,7). El fin último de la creación es que Dios, "Creador de todos los seres, se hace por fin `todo en todas las cosas' (1 Co 15,28), procurando al mismo tiempo su gloria y nuestra felicidad" (AG 2).

Dios crea un mundo ordenado y bueno

299 Porque Dios crea con sabiduría, la creación está ordenada: "Tú todo lo dispusiste con medida, número y peso" (Sb 11,20). Creada en y por el Verbo eterno, "imagen del Dios invisible" (Col 1,15), la creación está destinada, dirigida al hombre, imagen de Dios (cf. Gn 1,26), llamado a una relación personal con Dios. Nuestra inteligencia, participando en la luz del Entendimiento divino, puede entender lo que Dios nos dice por su creación (cf. Sal 19,2-5), ciertamente no sin gran esfuerzo y en un espíritu de humildad y de respeto ante el Creador y su obra (cf. Jb 42,3). Salida de la bondad divina, la creación participa en esa bondad ("Y vio Dios que era bueno...muy bueno": Gn 1,4.10.12.18.21.31). Porque la creación es querida por Dios como un don dirigido al hombre, como una herencia que le es destinada y confiada. La Iglesia ha debido, en repetidas ocasiones, defender la bondad de la creación, comprendida la del mundo material (cf. DS 286; 455-463; 800; 1333; 3002).

341 *La belleza del universo*: el orden y la armonía del mundo creado derivan de la diversidad de los seres y de las relaciones que entre ellos existen. El hombre las descubre progresivamente como leyes de la naturaleza que causan la admiración de los sabios. La belleza de la creación refleja la Infinita belleza del Creador. Debe inspirar el respeto y la sumisión de la inteligencia del hombre y de su voluntad.

353 Dios quiso la diversidad de sus criaturas y la bondad peculiar de cada una, su interdependencia y su orden. Destinó todas las criaturas materiales al bien del género humano. El hombre, y toda la creación a través de él, está destinado a la gloria de Dios.

1459 Muchos pecados causan daño al prójimo. Es preciso hacer lo posible para repararlo (por ejemplo, restituir las cosas robadas, restablecer la reputación del que ha sido calumniado, compensar las heridas). La simple justicia exige esto. Pero además el pecado hiere y debilita al pecador mismo, así como sus relaciones con Dios y con el prójimo. La absolución quita el pecado, pero no remedia todos los desórdenes que el pecado causó (cf Cc. de Trento: DS 1712). Liberado del pecado, el pecador debe todavía recobrar la plena salud espiritual. Por tanto, debe hacer algo más para reparar sus pecados: debe "satisfacer" de manera apropiada o "expiar" sus pecados. Esta satisfacción se llama también "penitencia".

2412 En virtud de la justicia conmutativa, la reparación de la injusticia cometida exige la restitución del bien robado a su propietario:

Jesús bendijo a Zaqueo por su resolución: "si en algo defraudé a alguien, le devolveré el cuádruplo" (Lc 19,8). Los que, de manera directa o indirecta, se han apoderado de un bien ajeno, están obligados a restituirlo o a devolver el equivalente en naturaleza o en especie si la cosa ha desaparecido, así como los frutos y beneficios que su propietario hubiera obtenido legítimamente. Están igualmente obligados a restituir, en proporción a su responsabilidad y al beneficio obtenido, todos los que han participado de alguna manera en el robo, o se han aprovechado de él a sabiendas; por ejemplo, quienes lo hayan ordenado o ayudado o encubierto.

2487 Toda falta cometida contra la justicia y la verdad entraña el deber de reparación aunque su autor haya sido perdonado. Cuando es imposible reparar un daño públicamente, es preciso hacerlo en secreto; si el que ha sufrido un perjuicio no puede ser indemnizado directamente, es preciso darle satisfacción moralmente, en nombre de la caridad. Este deber de reparación concierne también a las faltas cometidas contra la reputación del prójimo. Esta reparación, moral y a veces material, debe apreciarse según la medida del daño causado. Obliga en conciencia.

2. EXÉGESIS

Alois Stöger

Zaqueo (Lc.19,1-10)

1 Entró en Jericó y atravesaba la ciudad. 2 Y había allí un hombre, llamado Zaqueo, que era jefe de publicanos y muy rico, 3 el cual trataba de ver quién era Jesús, pero no podía por causa de la multitud, ya que él era pequeño de estatura. 4 Y echó a correr hacia delante y se subió a un sicómoro para ver a Jesús, pues tenía que pasar por allí.

Jesús va por la ciudad. Hay gran aglomeración. Un hombre de estatura pequeña, al que nadie hace sitio, se abre paso por entre la multitud. Echa a correr delante de la gente. Trepa a un sicómoro que se halla junto al camino. El hombrecillo se llama Zaqueo («Dios se ha acordado» = Zacarías). El hombre era jefe de publicanos. Tiene arrendados los impuestos de la aduana y del mercado y los recauda por medio de ayudantes. Jericó era ciudad aduanera lindante con la provincia de Arabia, era ciudad exportadora de bálsamo. En su calidad de publicano, era Zaqueo, para los judíos, pecador; como rico que era, presentaba también un «caso difícil» para el mensaje de Jesús (18,24).

En este hombre, que aparentemente sólo vive para el dinero, que ha prostituido su fidelidad al pueblo de Dios y su honor de pertenecerle, arde el deseo de ver a Jesús. El ciego quiere oír, el publicano quiere ver. Por la vista y por el oído llega la salvación al hombre. Los mensajeros del Bautista recibieron de Jesús el encargo: «Id a contar a Juan lo que habéis visto y oído» (7,22). Como el ciego tiene que superar el obstáculo de la multitud que acompaña a Jesús, así también el jefe de publicanos. El ciego grita, el publicano trepa al árbol, que tiene sus ramas extendidas. Zaqueo no se cuida de su dignidad, no teme el ridículo de su parapeto ni las miradas sarcásticas y hostiles de los que lo conocen. Entrar en contacto con Jesús le importa ante todo.

5 Cuando llegó Jesús a aquel sitio, miró hacia arriba y le dijo: Zaqueo, baja de prisa; porque conviene que hoy me quede en tu casa. 6 Bajó de prisa, y lo recibió en su casa muy contento.

Jesús, como profeta que es, conoce los corazones. Conoce también el deseo de Zaqueo. Mientras Jesús le mira hacia arriba, alborea para él el gran hoy de historia de la salvación. Hoy se cumple para él la Escritura que promete la buena nueva a los pobres y a los indigentes (4,18), hoy se le ha acercado el Salvador (2,11), hoy se encuentra en Jesús con la acción paradójica de Dios, que obtiene resultado allí donde humanamente no se esperaba (5,26).

El publicano es llamado por su nombre. Ahora se cumple en él lo que este nombre significa; Dios se acuerda de él y se compadece. Ha tomado bajo su amparo a su siervo, acordándose de su misericordia (1,55). En él se realiza lo que conviene, lo que ha sido decretado por la voluntad salvífica de Dios, que Jesús tiene que cumplir. Todo acontece con rapidez: la visita de Dios tiene que realizarse a su tiempo (1,39). La prisa, Jesús como huésped, la buena hospitalidad dispensada en casa del pecador, la alegría, la inesperada elección de Dios, el hacerse pequeño el grande... todo esto es indicio de lo que ha de aportar la subida a Jerusalén. Cuando Jesús sea «elevado», exaltado, se multiplicará lo que ahora tiene lugar en Jericó. Los apóstoles lo experimentarán constantemente en sus marchas apostólicas.

7 Al ver esto, todos murmuraban, comentando que había ido a hospedarse en casa de un pecador. 8 Pero Zaqueo se levantó y dijo al Señor: Mira, Señor; voy a dar a los pobres la mitad de mis bienes, y si en algo he defraudado a alguien, le devolveré cuatro veces más.

El judío piadoso no se sienta a la mesa con publicanos y pecadores públicos (15,2). Todos se escandalizan y murmuran (5,30; 15,2). Israel murmura en el desierto cuando Dios no responde a sus exigencias. La voluntad salvífica de Dios tropieza con incompreensión y murmuración. Jesús cumple la voluntad de Dios y pasa por encima de las murmuraciones de los hombres. «Bienaventurado aquel que en mí no encuentre ocasión de tropiezo» (7,23); conviene recordarlo, cuando él no procede como se había esperado.

El publicano captó el «hoy» del tiempo de la salvación, con su oferta divina ([Deu 30:15-20](#)), y se convirtió. Su sinceridad se manifiesta en su voluntad de cumplir radicalmente las prescripciones de la ley. No sólo restituyó el 120 % del valor que ha adquirido injustamente ([Lev 5:20-26](#)), sino que además piensa dar una compensación del cuádruplo (cf. [Exo 21:37](#)). Los doctores de la ley exigen que se dé también una cierta suma de dinero a los pobres si el arrepentimiento ha de mostrarse sincero. Ellos proponían un quinto del capital como primera prestación y la misma proporción de los ingresos anuales como prestación sucesiva (cf. [Num 5:6](#) s). También esto tiene intención de cumplir el publicano. Esto ante todo, pues no consta si ha perjudicado a alguien con extorsión, que era el pecado de los publicanos. Como él ha oído interiormente el mensaje de la salvación, pone en práctica lo que exige la ley y todavía más. Como el amor de Dios le ha alcanzado en Jesús, rebasa él lo que exige la ley y lo que quiere la exposición de la ley. Dios santifica a su pueblo cuando Jesús se interesa por los pecadores.

9 Entonces le dijo Jesús: Hoy ha llegado la salvación a esta casa; pues también éste es hijo de Abraham. 10 Porque el Hijo del hombre ha venido a buscar y salvar lo que estaba perdido.

Hoy ha llegado la salvación a la casa de Zaqueo. Lo que en el nacimiento de Jesús fue anunciado a los pastores, que entre la gente piadosa eran tenidos por pecadores, se realiza en el jefe de los publicanos por la palabra de Jesús. En efecto; allí se dijo: «Hoy os ha nacido un Salvador» ([Lc 2:11](#)). En el camino hacia Jerusalén se lleva a cabo lo que se había anunciado en el comienzo del tiempo de salvación. Al publicano no se le reconocía ya que era hijo de Abraham, pero su fe y su acogida por Jesús lo ha acreditado como verdadero hijo de Abraham. Él «espera contra toda esperanza» cuando le alcanza la oferta salvadora de Dios ([Rom 4:18](#) ss). La descendencia de Abraham es ampliada, de modo que tengan participación en las promesas de Abraham incluso los que no son de su sangre. La misión de Jesús se cumple mediante la acogida de los pecadores. Dios lo envió para que aportara salvación, no perdición; salud, no condenación; vida, no muerte. «Cristo vino al mundo para salvar a los pecadores» ([1Ti 1:15](#)). Por él se cumple lo que el profeta había anunciado acerca del tiempo de salvación: «Buscaré la oveja perdida, traeré la extraviada, vendaré la perniquebrada y curaré la enferma; guardaré y apacentaré con justicia las justas y robustas» ([Eze 34:16](#)). En Jesús sale Dios al encuentro a su pueblo como buen pastor: «Yo mismo iré a buscar a mis ovejas y las reuniré» ([Eze 34:11](#)). Lo que se significó en las parábolas relativas al amor a los pecadores, se efectúa en la realidad de la vida. Jesús es el salvador de los que estaban perdidos.

En el relato de la conversión de Zaqueo están reunidas todas las palabras y conceptos preferidos del Evangelio de los pobres: hoy, salvación; para salvar lo que estaba perdido; pequeño, pecador, publicano; el «convenía» de la voluntad salvadora de Dios, la prisa, la acogida en la casa, la alegría. Gracia rebotante de Dios y buena voluntad rebotante del hombre se manifiestan en Jericó, ciudad sobre la que pesaba una antigua maldición ([Jos 6:26](#)), en casa del jefe de los publicanos y pecador, que es rico. Jericó es la ciudad de donde Jesús emprende la subida a Jerusalén, es como la puerta para la ciudad en la que aguarda la consumación de la historia de la salud, de la que proviene la salvación.

(STÖGER, ALOIS, *El Evangelio según San Lucas*, en *El Nuevo Testamento y su Mensaje*, Editorial Herder, Madrid, 1969)

3. COMENTARIO TEOLÓGICO

Xavier Leon-Dufour

Penitencia, conversión

Dios llama a los hombres a entrar en comunión con él. Ahora bien, se trata de hombres pecadores. Pecadores de nacimiento (Sal 51,7): por la falta del primer padre entró el *pecado en el mundo (Rom 5.12) y desde entonces habita en lo más íntimo de su "yo" (7,20). Pecadores por culpabilidad personal, pues cada uno de ellos, "vendido al poder del pecado" (7,14), ha aceptado voluntariamente este yugo de las pasiones pecadoras (cf. 7,5). La respuesta al llamamiento de Dios les exigirá por tanto en el punto de partida una conversión, y luego, a todo lo largo de la vida, una actitud penitente. Por esto la conversión y la penitencia ocupan un lugar considerable en la revelación bíblica..

Sin embargo, el vocabulario que las expresa adquirió sólo lentamente su plenitud de sentido a medida que se iba profundizando la noción del pecado. Algunas fórmulas evocan la actitud del hombre que se ordena deliberadamente a Dios: "buscar a Yahveh" (Am 5,4; Os 10,12), "buscar su rostro" (Os 5,15; Sal 24,6; 27, 8), "humillarse delante de él" (1Re 21,29; 2Re 22,19), "fijar su corazón en él" (ISa 7,3)... Pero el término más empleado, el verbo *silb*, traduce la idea de cambiar de rumbo, de volver, de hacer marcha atrás, de volver uno sobre sus pasos. En contexto religioso significa que uno se desvía de lo que es malo y se vuelve a Dios. Esto define lo esencial de la conversión, que implica un cambio de conducta, una nueva orientación de todo

el comportamiento. En época tardía se distinguió más entre el aspecto interior de la penitencia y los actos exteriores que determina. Así la Biblia griega emplea conjuntamente el verbo *epistrephein*, que connota cambio de la conducta práctica, y el verbo *metanoein*, que atiende más a la vuelta interior (la *metanoia* es el arrepentimiento, la penitencia). Analizando los textos bíblicos hay que considerar estos dos aspectos distintos, pero estrechamente complementarios.

(...)

NT. I. EL ÚLTIMO DE LOS PROFETAS. En el umbral del NT el mensaje de conversión de los profetas reaparece en toda su pureza en la predicación de *Juan Bautista, el último de ellos. Lucas resume así su misión: "reducirá numerosos hijos de Israel al Señor su Dios" (Lc 1,16s; cf. Mal 3,24). Una frase condensa su mensaje: Convertíos, pues el reino de los cielos está cerca" (Mt 3,2). La venida del reino abre una perspectiva de esperanza; pero Juan subraya sobre todo el *juicio que debe precederla. Nadie podrá sustraerse a la *ira que se manifestará el *día de Yahveh (Mt 3,7.10.12). De nada servirá pertenecer a la raza de *Abraham (Mt 3,9). Todos los hombres deben reconocerse pecadores, producir un *fruto que sea digno del arrepentimiento (Mt 3,8), adoptar un comportamiento nuevo apropiado a su estado (Lc 3,10-14). Como signo de esta conversión da Juan un *bautismo de agua, que debe preparar a los penitentes para el bautismo de fuego y del Espíritu Santo que dará el Mesías (Mt 3,11 p).

II. CONVERSIÓN Y ENTRADA EN EL REINO DE DIOS. 1. Jesús no se contenta con anunciar la proximidad del *reino de Dios. Comienza por realizarla con poder: con él se inaugura el reino, si bien está todavía orientado hacia misteriosas realizaciones. Pero el llamamiento a la conversión lanzado por el Bautista no pierde por esto nada de su actualidad: Jesús lo reasume en propios términos al comienzo de su ministerio (Mc 1,15; Mt 4,17). Si ha venido, ha sido para "llamar a los pecadores a la conversión" (Lc 5,32); éste es un aspecto esencial del Evangelio del reino. Por lo demás, el hombre que toma conciencia de su estado de pecador, puede volverse a Jesús con confianza, pues "el *Hijo del hombre tiene poder para perdonar los pecados" (Mt 9,6 p). Pero el mensaje de conversión tropieza con la suficiencia humana bajo todas sus formas, desde el apego a las *riquezas (Mc 10,21-25) hasta la soberbia seguridad de los *fariseos (Lc 18,9). Jesús se alza como el "signo de Jonás" en medio de una *generación mala, con disposiciones menos buenas para con Dios que en otro tiempo Nínive (Lc 11, 29-32 p). Así eleva contra ella una requisitoria llena de amenazas; los hombres de Nínive la condenarán el día del juicio (Lc 11,32); Tiro y Sidón tendrán una suerte menos rigurosa que las ciudades del Lago (Lc 10,13ss p). La impenitencia actual de Israel es, en efecto, señal del *endurecimiento de su corazón (Mt 13, 15 p; cf. Is 6,10). Si los oyentes impenitentes de Jesús no cambian de conducta, perecerán (Lc 13,1-5) a semejanza de la higuera *estéril (Lc 13,6-9; cf. Mt 21,18-22 p).

2. Cuando Jesús reclama la conversión no hace alusión alguna a las liturgias penitenciales. Hasta desconfía de los signos demasiado vistosos (Mt 6,16ss). Lo que cuenta es la conversión del corazón que hace que uno vuelva a ser como un *niño pequeño (Mt 18,3 p). Luego, el esfuerzo continuo por "buscar el reino de Dios y su *justicia" (Mt 6,33). es decir, por regular la propia vida según la *nueva ley. El acto mismo de la conversión se evoca con palabras muy expresivas. Si bien implica una voluntad de transformación moral, es, sobre todo, llamamiento humilde, acto de confianza : "Dios mío, tened piedad de mí, que soy pecador" (Lc 18,13). La conversión es una *gracia preparada siempre por la iniciativa divina, por el *pastor que sale en busca de la oveja perdida (Lc 15,4ss; cf. 15,8). La respuesta humana a esta gracia se analiza concretamente en la parábola del hijo pródigo, que pone en estupendo relieve la *misericordia del Padre (Lc 15,11-32). En efecto, el Evangelio del reino implica esta revelación desconcertante: "Hay más alegría en el cielo por un pecador que se convierte que por noventa y nueve justos que no tienen necesidad de penitencia" (Lc 15,7.10). Así también Jesús manifiesta a los pecadores una actitud acogedora que escandaliza a los fariseos (Mt 9,10-13 p; Lc 15,2), pero provoca conversiones; y el Evangelio de Lucas se complace en referir en detalle algunas de estas vueltas a Dios, como la de la pecadora (Lc 7,36-50) y la de Zaqueo (19,5-9).

III. CONVERSIÓN Y BAUTISMO, Mientras vivía Jesús había ya enviado a sus *apóstoles a predicar la conversión anunciando el Evangelio del reino (Mc 6,12). Después de su resurrección les renueva esta *misión: irán a proclamar en su nombre el arrepentimiento a todas las naciones con miras a la remisión de los pecados (Lc 24,47), pues los pecados serán remitidos a los que ellos los remitan (Jn 20,23). Los Hechos y las Epístolas nos hacen asistir al cumplimiento de esta orden. Pero, con todo, la conversión adopta diferente cariz según se trate de judíos o de paganos. 1. Lo que se exige a los judíos es ante todo la conversión moral, a la que los había llamado ya Jesús. A este arrepentimiento (metanoia) responderá Dios otorgando el *perdón de los pecadores (Act 2,38; 3,19; 5,31); la misma quedará sellada con la recepción del *bautismo y el don del Espíritu Santo (Act 2,38). Sin embargo, la conversión debe incluir, al mismo tiempo que una transformación moral, un acto positivo de *fe en Cristo: los judíos se volverán (epistrephein) hacia el Señor (Act 3. 19; 9,35). Ahora bien, como lo experimenta bien san Pablo, tal adhesión a Cristo es la cosa más difícil de obtener. Los judíos tienen un velo sobre el corazón. Si se convirtieran, caería el velo (2Cor 3,16). Pero, conforme al texto de Isaías Os 6,9s), su *endurecimiento los clava en la *incredulidad (Act 28,24-27). Pecadores al igual que los paganos, amenazados como ellos por la *ira divina, no comprenden que Dios da prueba de *paciencia para inducirlos al arrepentimiento (Rom 2,4). Sólo un *resto responde a la predicación apostólica (Rom 11,1-5).

2. El Evangelio halla mejor acogida en las *naciones paganas. Desde el bautismo del centurión Cornelio los cristianos de origen judío comprueban con sorpresa que "el arrepentimiento que conduce a la vida se ofrece a los paganos lo mismo que a ellos" (Act 11,18; cf. 17,30). En realidad se anuncia con éxito en Antioquía y en otras partes (Act 11. 21; 15,3.19); hasta es ése el objeto especial de la misión de Pablo (Act 26.18.20). Pero en este caso, la conversión exige, al mismo tiempo que el arrepentimiento moral (metanoia), abandono de los *ídolos para volverse (epistrephein) hacia el Dios vivo (Act 14,15; 26,18; ITes 1,9), según un tipo de conversión que contemplaba ya el segundo Isaías. Una vez dado este primer paso, los paganos como los judíos son inducidos a "volverse a Cristo, pastor y guardián de sus almas" (IPe 2,25).

IV. PECADO Y PENITENCIA EN LA IGLESIA. 1. El acto de conversión sellado con el bautismo se cumple de una vez para siempre; su gracia no se puede renovar (Heb 6,6). Ahora bien, los bautizados pueden todavía recaer en el pecado: la comunidad apostólica no tardó en experimentarlo. En este caso el arrepentimiento es todavía necesario si, a pesar de todo, se quiere tener parte en la salvación. Pedro invita a ello a Simón mago (Act 8,22), Santiago apremia a los cristianos fervientes para que hagan volver a los pecadores de su extravío (Sant 5,19s). Pablo se regocija de que se hayan arrepentido los corintios (2Cor 7,9s), al mismo tiempo que teme que no lo hayan hecho ciertos pecadores (12,21). Urge a Timoteo para que corrija a los recalcitrantes, esperando que Dios les otorgue la gracia del arrepentimiento (2Tim 2,25). En fin, en los mensajes a las siete Iglesias que abren el Apocalipsis se leen claras invitaciones al arrepentimiento, que suponen destinatarios decaídos del primitivo fervor (Ap 2,5.16.21s; 3;3.19). Sin hablar explícitamente del sacramento de penitencia muestran estos textos que la virtud de penitencia debe tener un lugar en la vida cristiana como prolongación de la conversión bautismal.

2. En efecto, sólo la penitencia prepara al hombre para afrontar el *juicio de Dios (cf. Act 17,30s). Ahora bien, la historia está en marcha hacia este juicio. Si su llegada parece tardar, es únicamente porque Dios "usa de *paciencia. Queriendo que no perezca nadie y que todos, si es posible, lleguen al arrepentimiento" (2Pe 3,9). Pero así como Israel se endureció en la impenitencia en tiempo de Cristo y frente a la predicación apostólica, así también, según el Apocalipsis, los hombres se obstinarán en no comprender el significado de las *calamidades que atraviesa su historia y que anuncian el *día de la ira: también ellos se endurecerán en la impenitencia (Ap 9,20s), *blasfemando el nombre de Dios en lugar de arrepentirse y de darle gloria (16,9.11). No se trata de los miembros de la Iglesia, sino únicamente de los paganos y de los renegados (cf. 21,8). Sombría perspectiva, que el juicio de Dios vendrá a cerrar. Así también urge que los cristianos, por la penitencia, "se salven de esta *generación extraviada" (Act 2,40).

-> Bautismo - Buscar - Confesión - Endurecimiento - Expiación - Incredulidad - Enfermedad - Curación - Misericordia - Perdón - Pecado.

LEON-DUFOUR, Xavier, Vocabulario de Teología Bíblica, Herder, Barcelona, 2001

4. SANTOS PADRES

San Ambrosio

La entrada en Jericó: Zaqueo

(Lc 19,1-10)

80. *Aconteció que, acercándose a Jericó, estaba un ciego sentado junto al camino.* En el evangelio según Mateo (20, 29) aparecen dos ciegos; aquí solamente uno; en aquél, mientras salía de Jericó; en éste, cuando se acercaba. Pero no hay oposición, ya que ambos son una misma figura del pueblo gentil, que recuperó la luz de la vista perdida gracias a los misterios del Señor, por lo cual poco importa que haya recibido la curación en la persona de uno o de dos, puesto que ya desde el tiempo de Cam y Jafet, los hijos de Noé, los dos ciegos eran el símbolo de los progenitores de su raza.

81. Tampoco Lucas parece haberlo omitido, puesto que habla en seguida de Zaqueo, un hombre pequeño de estatura, es decir, desprovisto de la dignidad de una noble cuna, pobre en méritos, como el pueblo gentil, habiendo oído que se acercaba la venida del Dios Salvador, deseaba ver a Ese que no habían querido recibir los suyos (Jn 1, 2). Pero es cierto que nadie puede ver fácilmente a Jesús; nadie, en verdad, que esté atado a la tierra puede ver a Jesús. Y como él no se apoya ni en los profetas ni en el reino como sobre una gracia y belleza puramente naturales, se subió a un sicómoro, es decir, puso bajo sus plantas, de modo simbólico, la vanidad de los judíos, corrigiendo al mismo tiempo los errores de su vida pasada; y ésta es la razón por la que pudo recibir a Jesús en el interior de su casa. Realmente convenía que subiese al árbol, para que el árbol bueno diese buenos frutos (Mt 7, 17) y para que, subido a ese árbol salvaje e injertado aun contra su modo de ser en el buen olivo, produjese el fruto de la ley (Rm 11, 24); porque la raíz es santa, aunque sean inútiles los sarmientos, cuyo ornato infructuoso logró transcender el pueblo gentil por medio de la fe en la resurrección, que resulta ser una especie de ascensión de su cuerpo.

82. *Y allí había un hombre llamado Zaqueo.* Zaqueo se encuentra subido en el sicómoro, y el ciego permanece en el camino. El Señor mira a uno y se compadece de él, mientras que al otro le hace el honor de hospedarse en su casa. A uno le pregunta para curarlo, en casa del otro se invita a sí mismo sin ser invitado; pues sabía que el que le reciba como huésped percibiría una abundante recompensa, y es que, aunque no había oído aún su invitación, ya había leído en su corazón.

83. Más para que no parezca que en seguida apartamos nuestra mente de este ciego y comenzamos a hablar del rico, como si nos disgustasen los pobres, detengámonos a examinarlo, ya que así lo hizo el Señor, e interroguémosle, puesto que también Él le preguntó. Nosotros le vamos a preguntar porque no sabemos, Él le interrogó, aunque lo conocía todo; preguntémosle para saber cómo obtuvo su curación. Él le preguntó con el fin de que con este solo ejemplo aprendiésemos todos el método exigido para merecer ver al Señor; es decir, que le interrogó para que creyésemos que uno no puede sanar si no hace profesión de fe.

84. *Y al punto comenzó a ver —dice— y le seguía glorificando al Señor. Y andaba por Jericó.* Y es que, si no hubiera seguido a Cristo, si no hubiera glorificado al Señor, despreciando al mundo, no hubiera podido ver. Pasemos ahora a hacer algunas reflexiones sobre los ricos; puesto que no queremos ofenderlos, ya que deseamos, si es posible, salvar a todos, cosa que hacemos para que, por si acongojados por la parábola del camello y postergados más de lo conveniente en la persona de Zaqueo, no se sientan como sujetos a quienes va dirigido ese aviso y esa ofensa.

85. Han de saber que ser rico no es ningún pecado, sólo se da éste cuando usan mal de las riquezas; porque los bienes sirven tanto de impedimento para los malos como de una gran ayuda para la virtud de los buenos. Rico era, en efecto, Zaqueo, elegido por Cristo, más dando la mitad de sus bienes a los pobres y, devolviendo también el cuádruplo de todo lo que había obtenido por fraude — en verdad, una sola de esas dos cosas no era suficiente, ya que la liberalidad no tiene valor si subsiste la injusticia, puesto que lo que se pide aquí no son las cosas robadas, sino el donar algo propio—, recibió una recompensa mucho más abundante que su largueza.

86. Ciertamente está muy a propósito puesto el detalle de señalarle como jefe de los publicanos; porque ¿quién podrá desesperar de sí mismo cuando logró llevar a cabo su conversión ese mismo que hizo fortuna a base de fraudes? Y continúa: *Él era rico*; date cuenta, por tanto, de que no todos los ricos son avaros.

87. ¿Qué querrá decir el hecho de que la Escritura no da la estatura de ningún otro, sino la de éste: *porque era pequeño de estatura*. Examina a ver si tal vez era pequeño en malicia o de muy poca estatura en la fe, porque, cuando decidió subirse (al sicómoro), nada había prometido todavía, aún no había visto a Cristo, y por eso entonces era pequeño. Lo mismo hay que decir de ese gran hombre que fue Juan, puesto que también él vio a Cristo y a su Espíritu, que reposaba sobre El en forma de paloma, como él mismo dijo: *He contemplado al Espíritu que descendía en forma de paloma y reposaba sobre El* (Jn 1, 32).

88. Y ¿qué significa la turba sino ese estado de confusión de la muchedumbre ignorante que no es capaz de contemplar las alturas de la sabiduría? Por eso Zaqueo, mientras estuvo confundido entre la gente, no vio a Cristo; más cuando se elevó sobre la turba, le vio, con lo que nos indica que, cuando trascendió la ignorancia propia del hombre, mereció ver al que deseaba.

89. Por lo cual con mucha razón añadió: *porque el Señor debía pasar por ese lugar*, sitio donde estaba el sicómoro, o el que habría de creer, y de este modo pudiera observar el misterio y sembrar la gracia; pues Él había venido para pasar de los judíos a los gentiles.

90. Vio, pues, a Zaqueo, en lo alto; y es que, por la elevación de su fe, sobresalía entre los frutos de las nuevas obras, a la manera que el fruto maduro brota en lo alto de un árbol fecundo. Y como quiera que debemos pasar de la figura a la aplicación moral, diremos que resulta de gran alivio el que nuestra alma pueda descansar el domingo en medio de la buena voluntad de unos creyentes tan numerosos, para poder tomar parte en la fiesta. Zaqueo en sicómoro es esa figura del fruto nuevo del nuevo tiempo; en él se realiza aquello de que *la higuera produjo sus primeros frutos* (Ct 2, 13). Esta es, pues, la misión de Cristo: que de los árboles nazcan no frutos, sino hombres. En otro lugar hemos leído: *Cuando estabas bajo la higuera, Yo te vi* (Jn 1, 48). Natanael estaba bajo el árbol, es decir, sobre la raíz, porque era justo —y la raíz es santa (Rm 11, 16)—, en otras palabras, Natanael estaba bajo el árbol porque militaba bajo la Ley, Zaqueo, por el contrario, estaba sobre el árbol, ya que había sido constituido sobre la Ley; aquél defendió al Señor en secreto, éste le predicó públicamente; el primero buscaba todavía a Cristo en la Ley; el segundo, militando ya sobre la ley, abandonaba sus bienes y seguía al Señor.

5. APLICACIÓN

P. José A. Marcone, IVE

Zaqueo: el buscador de Dios

(Lc 19,1-10)

Introducción

El hecho que se narra en el evangelio de hoy sucede muy poco tiempo antes de la Semana Santa, apenas un día o dos. En efecto, en el primer versículo, Lc 19,1, se dice que Jesús entró a Jericó y la atravesaba, y Jericó será la última parada antes de seguir su viaje a Jerusalén; de Jericó a Jerusalén hay una jornada de camino. Después del episodio narrado en el evangelio de hoy sigue la parábola de las minas o los talentos (Lc 19,11-27), y en Lc 19,28 se dice: “Y habiendo dicho esto, marchaba por delante subiendo a Jerusalén”. Y en Lc 19,29 comienza a narrarse ya la entrada triunfal en Jerusalén, sucedida el Domingo de Ramos, el primer día de la Semana Santa. De esta manera culmina ese movimiento que se inició en Lc 9,51, donde se dice que Jesús tomó la firme decisión de encaminarse a Jerusalén para cumplir su ‘asunción’ (*análepsis*), la cual consiste en su subida a la cruz y en su subida a los cielos a la derecha del Padre, es decir, el Misterio Pascual completo.

El domingo pasado leímos la parábola del fariseo y el publicano (Lc 18,9-14), donde Jesús crea dos personajes. Uno de ellos es el fariseo, quien no reconoce tener algún pecado y se cree capaz de darse a sí mismo la justificación. El otro, el publicano, reconociendo su realidad de pecador y que, efectivamente, ha pecado, pide a Dios que lo perdone y le otorgue gratuitamente la justificación. Eso que en Lc 18,9-14 es una parábola, en el evangelio de hoy es una realidad. En efecto, el publicano Zaqueo reconoce que tiene afecto desordenado a su riqueza, reconoce que estafó a algunos, pero se arrepiente, pide humildemente perdón y está dispuesto a restituir. En cambio, aquellos que representan el espíritu farisaico se escandalizan farisaicamente de que Jesús entre en la casa de un pecador. Que el episodio de Zaqueo sea casi como la parábola antes dicha puesta en acción demuestra que la parábola de Jesús tenía un fuerte sustento en la realidad y estaba vigorosamente enraizada en la vida cotidiana y concreta.

Sin duda que el mensaje central del evangelio de hoy es la conversión de Zaqueo y el perdón que Jesús le otorga. En efecto, la lectura del AT resalta este aspecto cuando dice: “Tú te compadeces de todos, porque todo lo puedes, y apartas los ojos de los pecados de los hombres para que ellos se conviertan. (...) Por eso reprendes poco a poco a los que caen, y los amonestas recordándoles sus pecados, para que se aparten del mal y crean en ti, Señor” (Sab 11,23; 12,2). Y el título del Evangelio resalta también el tema de la conversión: “El Hijo del hombre vino a buscar y a salvar lo que estaba perdido”.

1. La búsqueda de Dios

El inicio de la conversión de Zaqueo está en su búsqueda de Cristo. La traducción literal de la frase que expresa la búsqueda de Zaqueo sería: “Buscaba ver a Jesús, quién es” (Lc 19,3), cuya traducción correcta es: “Buscaba ver quién era Jesús”. Sin embargo, la estructura de la frase griega resalta el hecho de que Zaqueo se interesa por la identidad de Jesús (‘quién es’, *tis estin*), que puede quedar mejor expresada en esta paráfrasis: ‘Buscaba ver a Jesús porque quería saber quién y cómo era’.

La búsqueda de Zaqueo está también expresada por su actitud. El texto griego dice literalmente: “Corriendo hacia adelante se subió a un sicómoro para verle” (Lc 19,4). Como hombre adulto, conocido y rico, era indigno para él correr y subir a un árbol. Esto es propio de los niños. Sin embargo él no presta atención a este descenso de su dignidad y corre delante de Jesús y se sube a un árbol. No se deja llevar por lo que pueda decir la gente.

El verbo que usa el original griego para expresar que Zaqueo ‘buscaba’ a Jesús es *dsetéo*. Ese verbo es el mismo que usa San Lucas para expresar la actitud angustiada de María y José buscando a su Niño perdido: “Hicieron un día de camino buscándolo (verbo *dsetéo*). (...). Al no encontrarlo, volvieron a Jerusalén para buscarlo (*dsetéo*) (...). Al verlo se maravillaron, y le dijo su madre: (...) Mira que tu padre y yo, angustiados, te buscábamos (*dsetéo*)” (Lc 2,44. 45. 48).

Y el mismo Jesucristo, también en el evangelio de San Lucas, usa este verbo para enseñar que todo seguidor suyo debe consagrarse a una búsqueda insaciable del Espíritu Santo. En efecto, después de enseñar el Padre Nuestro dice: “Yo os digo: ‘Pedid y se os dará; buscad (*dsetéo*) y encontraréis; llamad y se os abrirá. Porque todo el que pide, recibe; el que busca (*dsetéo*), encuentra; y al que llama, se le abrirá. (...) Si, pues, vosotros, siendo malos, sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos, ¡cuánto más el Padre del cielo dará el Espíritu Santo a los que se lo pidan!’” (Lc 11,9-10. 13). El objeto de la búsqueda que propone Jesús es el mismo Espíritu Santo.

Zaqueo manifiesta algo de la búsqueda de María y José. Y, de alguna manera, pone en práctica el consejo de Jesús de buscar a Dios para hallarlo.

El fin o el objetivo de la búsqueda de Zaqueo es *ver* a Jesús. San Lucas lo repite cuando dice que Zaqueo se subió a un árbol “para verle” (Lc 19,4). Hay una ansiedad especial en Zaqueo por *ver* a Jesús. El verbo que usa el original griego en ambas ocasiones es el verbo *horáo*¹. El verbo *horáo* “significa propiamente ‘fijarse en’ y, por implicación, ‘discernir claramente’, ya sea física o mentalmente”². Vine dice que *horáo* significa ver con los ojos corporales, pero también con los ojos del alma, aunque “el verbo *horáo* destaca la mente que discierne”³. Tuggy dice que *horáo* significa “‘ver’, ‘mirar’, ‘poner atención en’, ‘observar’, ‘entender’”⁴. Por lo tanto, el sentido complejo de este verbo es ‘mirar físicamente con atención’, ‘observar’, pero, al mismo tiempo ‘discernir e identificar espiritualmente’, o ‘conocer profundamente’, y, por lo tanto, ‘entender’, comprender’. Zaqueo quería ‘mirar a Jesús con atención’, quería ‘observarlo’, quería discernir claramente con la inteligencia la identidad de Jesús, quería comprender con la mente y con el corazón quién era Jesús, quería llegar a entenderlo y comprenderlo. Quería verlo con los ojos del cuerpo pero también con los del alma. Todos estos matices están presentes en el verbo *horáo*.

En el NT, especialmente en San Juan, el verbo ‘ver’ (*horáo*) es sinónimo de ‘creer’. Un caso paradigmático es el siguiente. Después de narrar que del costado de Jesús crucificado salió sangre y agua, el evangelista San Juan dice: “El que lo vio lo atestigua y su testimonio es válido, y él sabe que dice la verdad, para que también vosotros *creáis*. Y todo esto sucedió para que se cumpliera la Escritura: (...) ‘Mirarán (verbo *horáo*) al que traspasaron’”. Y D. Mollat dice: “Debe entenderse ‘mirarán’ en sentido joánico de ‘ver’, ‘comprender’. Para ser salvado habrá que ‘mirar’ a Cristo ‘levantado’ en la cruz, es decir, *creer* que es el Hijo único”⁵. Este matiz del verbo *horáo* también está presente en el deseo de ‘ver’ que tiene Zaqueo, es decir, hay también un deseo de creer en Cristo.

¹ Pronunciar *horáo*.

² STRONG, *Multiléxico del NT*, n° 3708.

³ VINE, *Multiléxico del NT*, n° 3708.

⁴ TUGGY, *Multiléxico del NT*, n° 3708.

⁵ MOLLAT, D., *Notas a Jn 19,37 y a Jn 3,14*, en **BIBLIA DE JERUSALÉN**, *Desclée de Brouwer*, Bilbao, 1975, p. 1538. 1509; cursiva

2. La respuesta de Dios al hombre

Un día Jesucristo le dijo a la Beata Dina Bélanger: “Quiero mendigar amor como mendigan los pobres un pedazo de pan. (...) Soy mendigo de corazones”⁶. Esa es la actitud de Jesucristo ante los hombres. Por eso, cuando Zaqueo demostró el ansia que tenía de verlo, de observarlo, de conocerlo, de comprenderlo, de creer en Él, Jesucristo enseguida le devuelve con la misma ansia de ver, conocer y comprender a Zaqueo: “Jesús, levantando los ojos, lo miró” (Lc 19,5). La actitud de Zaqueo hacia Cristo abre y derrite el corazón de Cristo quien, como mendigo de amor, acepta la mirada de Zaqueo y la devuelve con su propia mirada.

Para decir ‘levantando los ojos, lo miró’, expresión que en la traducción castellana lleva cinco palabras, en el original griego se usa una sola palabra: *anablépsas*, que pertenece al verbo *anablépo*. Este verbo está compuesto por la preposición *aná*, que implica el movimiento ‘de abajo hacia arriba’, y el verbo *blépo*, que significa ‘mirar’, ‘ver’. “El verbo *blépo* se emplea tanto para expresar la visión corporal como para expresar la visión mental o espiritual. Significa ‘percibir’, ‘prestar atención’, ‘discernir’, pero indica una viveza mayor que *horáo*, expresando una mayor intención y una contemplación intensa. Por eso también significa ‘contemplar’ (...) Se usa en Lc 24,12 para expresar la acción de Pedro de contemplar los lienzos de lino de la tumba vacía de Cristo. También se usa en Hech 1,9 para expresar la mirada de los discípulos cuando el Señor ascendía a los cielos. (...) El verbo *blépo* implica frecuentemente una contemplación especial”⁷.

Jesucristo, como buen mendigo de amor, agradece profundamente la mirada de Zaqueo y se la devuelve con una mirada más viva, con mayor intención y con mayor intensidad. Se la devuelve, como dice Vine acerca del verbo *blépo*, con una contemplación especial. Zaqueo lo mira para saber quién es; Jesucristo le retribuye llamándolo por su nombre, ‘Zaqueo’ (Lc 19,5), con lo cual está manifestando que lo conocía sin haberlo visto nunca. Y le retribuye la mirada mirándolo al rostro y contemplando el alma de Zaqueo. La mirada de Jesús atraviesa los ojos de Zaqueo y llega hasta su alma. Este es el modo en que Dios responde al hombre que lo busca con sinceridad.

Jesús ya había mirado a los ojos a un rico como Zaqueo. En efecto, en Mc 10,17-30 se narra el encuentro entre Jesús y el joven rico. Y San Marcos nota: “Y mirándolo (verbo *em-blépo*), lo amó” (Mc 10,21). Pero ni la mirada profunda de Jesús ni el amor de Jesús conmoverán aquel corazón que estaba como acorazado por su amor a las riquezas. El mendigo Jesús no recibirá ni un mendrugo de amor de aquel joven.

Pero Jesús no sólo devuelve mirada con mirada, sino que también devuelve búsqueda con búsqueda. Así como en el evangelio de hoy se dice que Zaqueo busca (*dsetéo*) a Jesús, también se dice que Jesús busca a Zaqueo. En efecto, Jesús dice hoy refiriéndose a Zaqueo: “El Hijo del hombre vino a buscar (*dsetéo*) (...) lo que estaba perdido” (Lc 19,10). Con la misma intensidad que María y José buscan a su Niño perdido, busca Jesús a sus hombres perdidos. Con la misma intensidad con que Jesús manda a los hombres buscar al Espíritu Santo, busca Jesús a los hombres que lo buscan a Él. Con la misma intensidad con que Zaqueo busca a Jesús, Jesús busca a Zaqueo.

nuestra.

⁶ B. DINA BÉLANGER – M. MARÍA DE SANTA CECILIA DE ROMA, *Esa gracia. Autobiografía de Dina Bélanger*, Ediciones de las Religiosas de Jesús-María, Barcelona, 1993, p. 123. 120. Dina Bélanger nació en Quebec (Canadá) en 1897. Fue religiosa de la Congregación de las Religiosas de Jesús-María. Murió en 1929. Fue beatificada el 20 de marzo de 1993 por San Juan Pablo II. Su fiesta se celebra el 4 de septiembre.

⁷ VINE, *Multiléxico del NT*, n° 991.

La gran diferencia está en el hecho de que Zaqueo estaba perdido, es decir, estaba en camino de condenación. En efecto, para decir que Jesús busca ‘lo que estaba perdido’ se usa el verbo *apóllymi*, que significa ‘perder’ o ‘perderse’, y que en el NT expresa la condenación eterna. Así, por ejemplo, dice Jesús: “No temáis a los que matan el cuerpo, pero no pueden matar el alma; temed más bien a Aquel que puede perder (verbo *apóllymi*) el alma y el cuerpo en la gehenna” (Mt 10,28). Y cuando Jesús encuentra a alguien quiere decir que lo ha salvado: “El Hijo del hombre vino a buscar y *salvar* lo que estaba perdido” (Lc 19,10).

3. El encuentro entre Dios y el hombre

En Zaqueo se cumple perfectamente lo que Jesús había dicho: “El que busca, encuentra” (Lc 11,10). Y el ansia de ver a Cristo culmina en entenderlo, comprenderlo y creer en Él. Tanto comprende Zaqueo a Jesús que, sin que Cristo ni siquiera le recordara su pecado, él se convierte completamente.

“Conversión es el término con el que se trata de traducir la palabra del texto griego *metánoia* (Cf. Mc 1,4. 14; Mt 3,2; 4,17; Lc 3,8), que literalmente significa cambiar radicalmente la actitud del espíritu para hacerlo volver a Dios”⁸. “*Metánoia* significa el cambio profundo de corazón bajo el influjo de la Palabra de Dios y en la perspectiva del Reino (Mt 4,17; Mc 1,15)”⁹. “En este sentido, penitencia (*metánoia*) significa, en el vocabulario cristiano teológico y espiritual, la ascesis, es decir, el esfuerzo concreto y cotidiano del hombre, sostenido por la gracia de Dios, para perder la propia vida por Cristo como único modo de ganarla (Cf. Mt 16,24-26; Mc 8,34-36; Lc 9,23-25); para despojarse del hombre viejo y revestirse del nuevo (cf. Ef 4,23); para superar en sí mismo lo que es carnal, a fin de que prevalezca lo que es espiritual (cf. 1Cor 3,1-20); para elevarse continuamente de las cosas de abajo a las de arriba donde está Cristo. La penitencia (*metánoia*) es, por tanto, la conversión que pasa del corazón a las obras y, consiguientemente, a la vida entera del cristiano”¹⁰.

Estas iluminadas palabras de San Juan Pablo II se cumplieron acabadamente en Zaqueo. En efecto, Zaqueo tiene el firme propósito de restituir a aquel que ha dañado y, además, tiene una decisión firme (de tercer binario, diría San Ignacio) de extirpar de su corazón el amor al dinero, dando la mitad de sus bienes a los pobres. Zaqueo comprendió profundamente a Jesús porque comprendió el núcleo del mensaje moral de Jesús, las bienaventuranzas, especialmente la primera: “Bienaventurados los pobres de espíritu porque de ellos es el Reino de los Cielos” (Mt 5,3).

Con ocasión, precisamente, del episodio del joven rico, Jesús había dicho: “‘Es más fácil que un camello entre por el ojo de una aguja, que el que un rico entre en el Reino de Dios’. Los que lo oyeron, dijeron: ‘¿Y quién se podrá salvar?’ Respondió: ‘Lo imposible para los hombres, es posible para Dios’” (Lc 18,25-27). Respecto a esto y refiriéndose a Zaqueo, dice San Beda: “He aquí cómo el camello, dejando la carga de su jiba, pasa por el ojo de la aguja; esto es, el publicano siendo rico, habiendo dejado el amor de las riquezas y menospreciando el fraude, recibe la bendición de hospedar al Señor en su casa”¹¹. Por la acción de Dios lo imposible se hizo posible; un camello pasó por el ojo de una aguja.

Ya antes de que Zaqueo hiciera su confesión y manifestara exteriormente su arrepentimiento y su deseo de restituir, Jesús había decidido habitar en él. En efecto, cuando Jesús dice: “Zaqueo, date prisa, desciende, porque es necesario que hoy me quede en tu casa” (Lc 19,5), hay que entender ‘casa’ no en el sentido del edificio material sino en el sentido de la persona de Zaqueo en cuanto jefe de familia. Esto se confirma cuando Jesús dice un poco después: “Hoy ha llegado la salvación a esta casa” (Lc 19,9). Un edificio material no es sujeto de salvación, sino la persona humana. Por eso dice un Santo Padre, San Teófilo: “Jesús

⁸ SAN JUAN PABLO II, Exhortación Apóstolica post-Sinodal *Reconciliatio et Paenitentia*, año 1984, n° 26.

⁹ SAN JUAN PABLO II, *Idem*, n° 4.

¹⁰ SAN JUAN PABLO II, *Idem*, n° 4.

¹¹ SAN BEDA, en SANTO TOMÁS DE AQUINO, *Catena Aurea*, Cursos de Cultura Católica, Buenos Aires, 1946, p. 432.

le dijo: ‘Hoy ha llegado la salvación a esta casa’, dando a conocer que el mismo Zaqueo había recibido la salvación, significando por casa al que la habita”¹². Por lo tanto, ‘es necesario que hoy me quede en tu casa’ significa ‘es necesario que Yo permanezca en ti’.

Jesús vio el corazón convertido de Zaqueo y quiso habitar en ese corazón antes de que Zaqueo hiciera su confesión pública¹³. Uno de los anhelos más altos y más ardientes de Jesús es este ‘permanecer’ en el corazón del hombre arrepentido. En efecto, para traducir ‘es necesario que me quede en tu casa’, ese ‘me quede’ traduce el verbo griego *méno*, que significa ‘permanecer en’. Este verbo lo usa Jesucristo cuando explica la parábola (o alegoría) de la vid y los sarmientos; la vid habita en los sarmientos y los sarmientos habitan en la vid: “Permaneced en mí, como yo en vosotros. (...) Yo soy la vid; vosotros los sarmientos. El que permanece en mí y yo en él, ése da mucho fruto. (...) Si permanecéis en mí, y mis palabras permanecen en vosotros, pedid lo que queráis y lo conseguiréis” (Jn 15,4. 5. 7). En todos los casos en que aparece el verbo castellano ‘permanecer’ es traducción del verbo *méno*. Y en el discurso de la Última Cena dice Jesús: “Si alguno me ama, guardará mi Palabra, y mi Padre le amará, y vendremos a él, y haremos morada en él” (Jn 14,23). Jesús quiere habitar en el alma de Zaqueo y lo expresa con una cierta urgencia y perentoriedad: ‘es necesario’.

Zaqueo responde a este deseo de Jesús con prontitud y alegría: “Entonces, Zaqueo, dándose prisa, descendió y lo recibió en su casa alegrándose” (Lc 19,6). El encuentro entre Dios y el hombre se ha consumado completamente¹⁴.

Conclusión

“Cuando alguien llega por primera vez para abrazar la vida monástica, no debe ser admitido fácilmente. (...) Se observará cuidadosamente si de verdad busca a Dios”¹⁵. Esta norma del gran San Benito para la admisión de los miembros de sus monasterios, en realidad, debiera ser la norma para discernir la calidad de cualquier cristiano: ‘Si de verdad busca a Dios’... como lo hizo Zaqueo.

También el Espíritu Santo nos enseña a generar en nosotros ese deseo de buscar y ver a Dios cuando, a través del salmista, dice: “Oigo en mi corazón: ‘Buscad mi rostro’. Tu rostro buscaré, Señor, no me escondas tu rostro” (Sal 26,8). Y también: “Oh Dios, tú eres mi Dios, yo te busco ardientemente; mi alma tiene sed de ti, por ti suspira mi carne como tierra sedienta, reseca y sin agua” (Sal 62,2).

Buscar a Cristo, tratar de ver a Cristo, conocer a Cristo, creer en Cristo, comprender a Cristo, contemplar a Cristo: es la tarea de toda la vida del cristiano. Tomarse incomodidades para conocer a Cristo; soportar afrentas para tener una mejor perspectiva de Cristo, aun cuando seamos bajos de estatura moral o espiritual. Ese ‘subir a un árbol’, para nosotros puede ser la molestia de tener que ir al templo para hacer

¹² SAN TEÓFILO, en SANTO TOMÁS DE AQUINO, *Catena Aurea...*, p. 433.

¹³ Esto concuerda perfectamente con la mejor teología católica. En efecto, dice Santo Tomás de Aquino: “Puede pasar que el acto de caridad sea tan intenso que la contrición que se sigue de ese acto de caridad merezca no sólo la remoción de la culpa sino incluso la absolución de toda la pena” (“Contingit tantum intendi caritatem in actu quod contritio inde sequens merebitur non solum culpae amotionem, sed etiam absolutionem ab omni poena”; SANCTI TOMAE DE AQUINO, *Summa Theologiae*, Supplementum, q. 5, a. 2 c; traducción nuestra). La remoción de la culpa implica la infusión de la gracia, y esta última implica la inhabitación trinitaria.

¹⁴ En Jesús no está ausente una intención polémica contra los murmuradores de espíritu farisaico. En efecto, cuando Él dice: “Éste también es un hijo de Abraham. El Hijo del hombre ha venido a buscar y salvar lo que estaba perdido” (Lc 19,9-10), se está dirigiendo, sobre todo, a los que se escandalizan farisaicamente de que Jesús se aloje en casa de un pecador. Espíritus obtusos, necios, sin ningún ansia verdadera de buscar a Jesús ni de conocerlo profundamente. Jesús ya habitaba en el alma de Zaqueo antes de que vaya a alojarse en su casa.

¹⁵ SAN BENITO, *Regla Monástica*, LVIII, 1. 7.

Adoración Eucarística; puede ser la contrariedad de tener que reservar tiempos y lugares para sentarme a estudiar el Catecismo o leer la Biblia.

Entonces escucharemos que Jesús nos dice personalmente: ‘Baja rápidamente de ese árbol, porque debo alojarme en tu casa’, es decir, en la casa de tu corazón. Y nos llevará a la conversión completa.

En esta Santa Misa tendremos la oportunidad de ver y contemplar a Jesús como San Juan Evangelista lo contempló en la cruz, viendo cómo de su costado salía sangre y agua. Jesús miró a Zaqueo subido a un árbol. Nosotros, en esta Santa Misa, veremos a Jesús subido al árbol de la cruz, porque la Santa Misa es el mismo sacrificio de la cruz actualizado sacramentalmente. Nuestra mirada, durante la consagración, debe ser una mirada llena de fe y de amor. Y Jesús, ciertamente, no se quedará de brazos cruzados. Jesús jamás se queda de brazos cruzados ante alguien que lo mira con amor. Nosotros lo miramos con el verbo *horáo*, pero él nos mira con el verbo *blépo*. Nosotros lo miramos con el deseo de saber quién es. Él nos llama por nuestro nombre y nos mira a los ojos, pero contempla nuestra alma... y viene a habitar en nosotros, cosa que se realizará realmente cuando comulgemos su Cuerpo: “El que come mi carne y bebe mi sangre permanece (*méno*) en mí y yo en él” (Jn 6,56).

Papa Francisco

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

El Evangelio de hoy nos presenta un hecho acaecido en Jericó, cuando Jesús, al llegar a la ciudad, fue acogido por la multitud (cf. *Lc 19, 1-10*). En Jericó vivía Zaqueo, el jefe de los «publicanos», es decir de los recaudadores de impuestos. Zaqueo era un rico colaborador de los odiados ocupantes romanos, un explotador de su pueblo. También él, por curiosidad, quería ver a Jesús, pero su condición de pecador público no le permitía acercarse al Maestro. Incluso más, era pequeño de estatura, y por ello sube a un árbol de sicómoro, a lo largo de la calle donde tenía que pasar Jesús.

Cuando llegó cerca de ese árbol, Jesús levantando la vista le dijo: «Zaqueo, date prisa y baja, porque es necesario que hoy me quede en tu casa» (v. 5). Podemos imaginar el asombro de Zaqueo. Pero, ¿por qué Jesús dice «*es necesario* que hoy me quede en tu casa»? ¿De qué tipo de necesidad se trata? Sabemos que su deber supremo es realizar el designio del Padre para toda la humanidad, que se cumple en Jerusalén con su condena a muerte, la crucifixión y, al tercer día, la resurrección. Es el plan de salvación de la misericordia del Padre. Y en este designio está también la salvación de Zaqueo, un hombre deshonesto y despreciado por todos, y por ello con necesidad de convertirse. En efecto, el Evangelio dice que, cuando Jesús lo llamó, «todos murmuraban diciendo: “Ha entrado a hospedarse en casa de un pecador”» (v. 7). El pueblo ve en él a un despreciable, que se ha enriquecido a costa de los demás. Y si Jesús hubiese dicho: «Baja, tú, explotador, traidor del pueblo. Ven a hablar conmigo para arreglar las cuentas». Seguramente el pueblo le hubiese aplaudido. En cambio, comenzaron a murmurar: «Jesús va a la casa de él, del pecador, del explotador».

Pero Jesús, guiado por la misericordia, lo buscaba precisamente a él. Y cuando entra en la casa de Zaqueo dice: «Hoy ha sido la salvación de esta casa, pues también este es hijo de Abrahán. Porque el Hijo del hombre ha venido a buscar y a salvar lo que estaba perdido» (vv. 9-10). La mirada de Jesús va más allá de los pecados y los prejuicios. ¡Y esto es importante! Debemos aprenderlo. La mirada de Jesús va más allá de los pecados y los prejuicios; mira a la persona con los ojos de Dios, que no se queda en el mal pasado, sino que vislumbra el bien futuro. Jesús no se resigna ante las cerrazones, sino que abre siempre, siempre abre nuevos espacios de vida; no se queda en las apariencias, sino que mira el corazón. Y aquí miró el corazón herido de este hombre: herido por el pecado de la codicia, de muchas cosas malas que había hecho este Zaqueo. Mira el corazón herido y va allí.

A veces nosotros buscamos corregir o convertir a un pecador riñendo, reprochando sus errores y su comportamiento injusto. La actitud de Jesús con Zaqueo nos indica otro camino: el de mostrar a quien se equivoca su valor, ese valor que Dios sigue viendo a pesar de todo, a pesar de todos sus errores. Esto puede provocar una sorpresa positiva, que causa ternura en el corazón e impulsa a la persona a sacar hacia fuera todo lo bueno que tiene en sí mismo. El gesto de dar confianza a las personas es lo que las hace crecer y cambiar. Así se comporta Dios con todos nosotros: no lo detiene nuestro pecado, sino que lo supera con el amor y nos hace sentir la nostalgia del bien. Todos hemos sentido esta nostalgia del bien después de haber cometido un error. Y así lo hace nuestro Padre Dios, así lo hace Jesús. No existe una persona que no tenga algo bueno. Y esto es lo que mira Dios para sacarla del mal.

Que la Virgen María nos ayude a ver lo bueno que hay en las personas que encontramos cada día, a fin de que todos sean alentados en hacer emerger la imagen de Dios grabada en su corazón. Y así podemos alegrarnos por las sorpresas de la misericordia de Dios. Nuestro Dios, que es el Dios de las sorpresas.

(PAPA FRANCISCO, *Ángelus*, Plaza de San Pedro, Domingo 30 de octubre de 2016)

INFO - Homilética.ive

Función de cada sección del Boletín

Homilética se compone de 7 Secciones principales:

Textos Litúrgicos: aquí encontrará Las Lecturas del Domingo y los salmos, así como el Guion para la celebración de la Santa Misa.

Directorio Homilético: es un resumen que busca dar los elementos que ayudarían a realizar un enfoque adecuado del evangelio y las lecturas del domingo para poder brindar una predicación más uniforme, conforme al **DIRECTORIO HOMILÉTICO** promulgado por la **Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos de la Santa Sede en el 2014**.

Exégesis: presenta un análisis exegético del evangelio del domingo, tomado de especialistas, licenciados, doctores en exégesis, así como en ocasiones de Papas o sacerdotes que se destacan por su análisis exegético del texto.

Santos Padres: esta sección busca proporcionar la interpretación de los Santos Padres de la Iglesia, así como los sermones u escritos referentes al texto del domingo propio del boletín de aquellos santos doctores de la Iglesia.

Aplicación: consta de sermones del domingo ya preparados para la predica, los cuales pueden facilitar la ilación o alguna idea para que los sacerdotes puedan aplicar en la predicación.

Ejemplos Predicables: es un recurso que permite al predicador introducir alguna reflexión u ejemplo que le permite desarrollar algún aspecto del tema propio de las lecturas del domingo analizado.

¿Qué es el IVE, el porqué de este servicio de Homilética?

El **Instituto del Verbo Encarnado** fue fundado el **25 de Marzo de 1984**, en San Rafael, Mendoza, Argentina. El 8 de Mayo de 2004 fue aprobado como instituto de vida religiosa de derecho Diocesano en Segni, Italia. Siendo su Fundador el Sacerdote Católico Carlos Miguel Buela. Nuestra familia religiosa tiene como carisma **la prolongación de la Encarnación del Verbo en todas las manifestaciones del hombre**, y como fin específico la **evangelización de la cultura**; para mejor hacerlo proporciona a los misioneros de la familia y a toda la Iglesia este servicio como una herramienta eficaz enraizada y nutrida en las sagradas escrituras y en la perenne tradición y magisterio de la única Iglesia fundada por Jesucristo, la Iglesia Católica Apostólica Romana.

Este Boletín fue enviado por: homiletica.ive@gmail.com
Provincia Ntra. Sra. de Lujan - El Chañaral 2699, San Rafael, Mendoza, 5600, Argentina
Instituto del Verbo Encarnado